



# Del saber al encuentro

Por: Tadiana Guadalupe Escorcía Romero<sup>1</sup>  
 naomitadi@gmail.com  
 Luz Myriam Fajardo Muñoz<sup>2</sup>  
 fajaluz@gmail.com

Familias y comunidades enfrentadas a abandonar sus territorios por diversos conflictos armados, agrarios, de infraestructura, minería o desastres naturales. Seres que llegan a un lugar distinto, donde de prima una cultura mayoritaria siendo afectados no solo en su integridad física y material sino en aquello que constituyeron anteriormente: relaciones, saberes, proyectos, identidad cultural. Ese espacio resulta otro, del que no se sienten parte pues les desconoce e invisibiliza, por lo que deben anular muchas veces parte de su cultura, como si la arrancaran de raíz. Son desarraigados, o como dijera Henao “habitantes sin habitación, terrícolas sin tierra, pobladores sin pueblo” (Henao, 2004, p. 206).

Las familias entonces buscan mejores oportunidades para sus hijos a quienes se les otorga un cupo escolar, pero la situación se sigue agigantando cuando en la escuela predomina un currículo homogéneo, formas de evaluación y prácticas que desconocen la diferencia cultural. Su identidad es reconocida en fechas o actos cívicos, pero el resto del año son desconocidos o incluso etiquetados con estereotipos que los hacen sentirse extraños, en un espacio en el que se sienten “al revés”.

Ese panorama era reflejado en el Colegio José Asunción Silva IED, donde tras aplicar unas encuestas hallamos que el 54% de la población del ciclo inicial (grados entre pre jardín y transición) provenía de otros lugares y los de Bogotá habían

sido desplazados varias veces dentro de la ciudad. Sin embargo la institución estaba desconociendo no solo tal diversidad, sino la enorme riqueza de saberes contenida en las comunidades campesina, afro e indígena (etnia wayuu).

¿Cómo continuar el camino invisibilizando a infantes y familias? ¿Cómo seguir siendo escuela, a espaldas de los protagonistas? Era necesario repensar el andar y empezar a reconocer los saberes ancestrales de las familias desarraigadas en relación con los procesos de educación de sus hijos, cómo estos se complementaban y diferenciaban con los de la escuela, así como su importancia en esta etapa del desarrollo.

Es allí donde empieza a hilarse un tejido de encuentros entre saberes y comunidades, entre familias, estudiantes y discursos frente al desarrollo de la infancia, un territorio que nos permitió pasar del revés al encuentro. Ese tejido fue fortalecido desde una investigación cuya metodología se conoce como horizontal, en la que la comunidad se constituye en coinvestigadora y protagonista del proceso, a partir del diálogo y la horizontalidad, que valora la construcción y saber de unos y otros.

Con las familias se acordaron tiempos y espacios, en los que cada encuentro fortalecía la oportunidad para hablar del desplazamiento de sus territorios, del desarraigo cultural, de su infancia, para empezar a recuperar la memoria de sus saberes ancestrales y de cómo los forjaron. La manera como estos se fueron entretejiendo se hizo posible por medio de cuadernos viajeros, festival de saberes, narraciones biográficas, conversatorios a partir de objetos relacionados con su lugar de origen, música, alimentos, que posibilitaran recordar

lo construido años atrás. Así mismo el tejido y la costura fueron aliados del proceso, pues las puntadas en un trozo de tela constituyeron los pretextos para narrar, recuperar la memoria ancestral, sanar el dolor del destierro y plasmar en cuadros una parte de su cultura, que más adelante se consolidó en un telar de la memoria de las familias.

En otro momento los encuentros se forjaron entre familias, infantes y maestros, dinamizando el puente del diálogo de saberes. Así se posibilitó continuar arraigando su identidad cultural de la mano de la escuela, enriqueciendo la mirada frente a los procesos de desarrollo de niños y niñas, desde aquellas construcciones ancestrales relacionadas con la naturaleza, la artesanía, la gastronomía, los juegos ancestrales, los valores sociales. En consecuencia, la visión de un desarrollo universal se transformó por aquella que reconoce la diversidad y por tanto las infancias.

El tejido entre saberes y comunidades invitó, especialmente, a la escuela a constituirse en un territorio común para la diversidad cultural, desde la transformación pedagógica, que hace posible recuperar el tejido social de quienes han sido invisibilizados. Para niños y niñas poder reconocerse como sujetos identitarios y reconocer la diversidad cultural en sus compañeros y pasar del revés al encuentro. 

Fotografías: Tadiana Guadalupe Escorcía Romero y Luz Myriam fajardo Muñoz.

## Referencias

Henao, H. (2004). *Familia, conflicto, territorio y cultura*. Colombia: Corporación Región e INER.

<sup>1</sup> Docente del Colegio José Asunción Silva IED. Magíster en estudios en infancias, Universidad Pedagógica Nacional.  
<sup>2</sup> Docente del Colegio de José Asunción Silva IED. Especialista en educación ambiental, Fundación Universitaria los Libertadores.